



CONTACTO ASTRAL

Leandro S. Coca

Edición: Abril de 2015

© Todos los derechos reservados

Cuando lo llamaron, esa noche, Arturo atendió sobresaltado. Creyéndose aún parte del sueño, tomó el tubo y preguntó quién hablaba.

- Soy Quique. Parece que te encontré dormido. Tengo algo importante que contarte. Decime si venís vos o busco otro interlocutor.
- Ahora voy. Dame unos minutos que me visto.

Se vistió cansinamente Arturo, lavó su rostro y se fue hasta la cochera. Al llegar a la misma, notó que no había tomado la llave del automóvil. Regresó hasta el departamento y observó una figura femenina que golpeaba la puerta de su departamento.

- ¿A quién busca?
- Hola Arturo. Necesito hablar un momento con vos. Decime que tenés cinco minutos para mí.
- Gladys, pasá, pasá. Si no te alcanza con cinco tengo hasta diez. Después me tengo que ir por un asunto.

Al ingresar al departamento, comprobó que Gladys había estado llorando recientemente. Ella le habló de su constante batallar con su pareja, de su aparentemente interminable disputa con él.

- Me tiene harta. Un día está todo bien, al otro no lo puedo ni ver. De a ratos está de buen humor, de repente no le podés ni hablar porque todo lo irrita. Me tiene podrida.
- Mandalo a cagar.
- ¡Ya le dije! Pero vuelve otra vez, pidiendo perdón. Está bueno dos horas y al rato, otra vez, sonado. No sé, para mí que sufre de vértigo.
- ¿Vértigo? Pero si viven en un primer piso nomás. –inquirió Arturo.
- Lo que pasa es que soy muy versátil. A veces con mis palabras lo elevo a dimensiones que el pobre no está preparado para sentir y se marea. Le hablo de amor, de vida, de eternidad y es demasiado etéreo para él. Quisiera que le hable de básquet y milanesas.
- Que se las haga él, vos no estás para fritangas.
- Es lo que le vengo diciendo. ¿Y qué hace? Llama a una casa de comidas y se las pide ahí. Encima las tengo que pagar yo. ¿A vos te parece?
- ¡Qué injusticia! –exclamó Arturo- Vos te merecés algo mejor. No sé qué le viste a ese gandul. Vení, dame un beso.

Gladys se acercó y lo besó. Arturo recordó:

- ¡Quique! Me voy. No derrames tus lágrimas en vano. Pensá en otra cosa, ¿Por qué no me escribís un poema?
- Me voy a tomar una copita de ron.

Arturo tomó las llaves del auto y se fue hasta la cochera. Estuvo un buen rato dándole arranque al mismo. Es el burro, pensó Arturo, lo tendría que cambiar. Se fue hasta casa de Quique. Cuando llegó encontró todo muy oscuro. No se vislumbraba ni un pequeño haz de luz de ningún tipo. Ni siquiera algún pequeño reflejo de un led. Qué raro, pensó Arturo. Tocó el timbre y le pareció que no sonó. Insistió y comprobó su sospecha: no sonaba. Golpeó fuerte.

- ¡Quique! –llamó.
- Nadie respondía su llamado. Volvió a golpear. Una, dos, tres veces más. Al rato, desde el techo de la casa le chistaron.
- Arturo. –le hablaron con voz muy baja- ¡Arturo!
 - ¿Eh? ¿Qué hacés ahí? Hace media hora que estoy tirando la puerta abajo.
 - ¡Shhh! Da la vuelta por el patio y subite por atrás. Dejé la escalera al lado de la puerta trasera para que te resulte más fácil.
 - ¿Qué pasa? ¿Te busca la policía? –preguntó Arturo.
 - Hací lo que te digo, ahora te cuento.

Arturo fue hasta el patio y subió por la escalera al techo de la casa. Quique tenía las manos vendadas y un sombrero que le cubría toda la cabeza y gran parte del rostro.

- ¿Qué hacés disfrazado? –le dijo Arturo.
- Callate, salame. No sabés en el lío que me metí. Estuve revisando los últimos correos y resulta que tenía correspondencia de Asuntos Espaciales. Lo leí una semana después, lamentablemente. Me contactaron porque, parece ser que recibieron ondas de Marte, en las cuales descifraron que yo iba a ser el próximo en ser raptado por los científicos de allá. Me seleccionaron por un estudio que me hice el mes pasado. Se ve que les gusté. Asuntos me ofreció protección, pero no confío en el gobierno. Mirá, aquél de la esquina es uno de los marcianos.
- A mi me parece un tipo común. . .
 - ¿Y qué esperabas, un monstruo deforme? Ese le hace de campana a los científicos. Acá no me pueden llevar. Pero Asuntos está buscando cualquier excusa para que la policía me arreste y sea llevado con ellos. Quieren saber por qué me buscaban de Marte. Estos guachos. . .

- ¿Y ahora qué vas a hacer? –preguntó Arturo.
- Pedí asilo en Plutón. Pero no me pueden llevar hasta que libere el paso.
- ¿Estuviste tomando?
- No seas boludo, che. Por eso te llamé a vos. Me tenés que abrir el camino, sino soy achura.
- ¿Y si dejás que te lleven los de Asuntos Espaciales? Capaz que te hacen un interrogatorio y te largan en seguida.
- Ni loco. Me voy a Plutón, ya lo decidí.
- No volvés a la Tierra ni en la puta vida. . .
- Con la tecnología que tienen, me toma un día de viaje. Estoy una semanita, se les vence el plazo para raptar a los marcianos y pego la vuelta. Después si querés nos vamos al casino. –le dijo Quique.
- ¿Cómo que se les vence el plazo?
- El gobierno le autoriza un rapto por semana. Si no lo utilizan, los multan y pierden dos turnos. Tienen que esperar toda la vuelta. Acordate que Neptuno tiene plazo de veintiún días.
- Yo qué sé ¿Ahora para qué me necesitás a mí?
- ¿Trajiste el celular?
- Sí. –respondió Arturo.
- Este el plan: hacés una llamada a quien gustes. La llamada tiene que durar el tiempo necesario hasta que me rescaten de Plutón. Mientras hablás, tenemos que ir hasta el café Tocayo, que es donde pactamos el rescate. Con tu conexión satelital, los marcianos no pueden hacer nada para intervenir. Si no se corta la llamada no hay ningún peligro, excepto que la policía haya encontrado la excusa necesaria para llevarme.
- Bueno, dale, ¿en qué nos vamos?
- En tu auto, el mío quedó en el taller. –le contestó Quique.

El auto de Arturo puso resistencia para arrancar. Quique logró que el mismo arranque con bastante dificultad. Mientras tanto, Arturo iba hablando por teléfono.

- Venite para casa que tengo un licorcito para que degustemos juntos. –decía la voz de una mujer.
- En un rato voy. Sabés que no te abandono y menos cuando más necesitás. ¿Qué se sabe del innombrable?
- Me parece que ahí llegó. Creo que te voy a tener que cortar.
- ¡No! No me cortés ahora.
- ¡Que no corte! ¡Que no corte! –exclamó Quique gritando.

- Escondete en el baño y seguime hablando. Me encanta tu dulce voz. –le dijo Arturo.
- Después te llamo, vida de mi vida. –dijo Gladys y cortó.
- Cortó. ¿Ahora qué hacemos?

Quique pisó el freno en la mitad de la calle y se bajó corriendo del auto perdiendo el sombrero en el mismo, en dirección a un camino sin luz. Arturo, se asomó por la ventanilla y le gritó:

- ¡Loco de mierda! ¡Volvete a la luna y quédate un año!

Se sentó Arturo en el asiento del conductor e intentó darle arranque al automóvil, el cual seguía fallando. Mientras lo hacía, un hombre se le acercó. Le dijo:

- Disculpe, señor, estoy un poco perdido y no conozco bien el lugar ¿Me puede decir para dónde queda Saturno?

Caía la tarde cuando Arturo tomaba un café con Gladys en el bar Tocayo. Ella vestía una blusa blanca, desabrochada en su parte superior agitando la imaginación de Arturo.

-Tenés que hacer como te digo...

-No lo quiero dejar –enfaticó Gladys-. Todavía lo quiero... un poco. Me cansa con su inestabilidad emocional, pero lo quiero, ¿entendés? No te voy a decir tampoco, ¡guau! Qué enamorada que estoy, pero...

-Después de todas las que te hace, ¡Cómo podés querer a ese cretino!

-No le digas así, ¿anoche sabés con qué se apareció? Una caja de bombones garoto y un champán. Estuvimos bebiendo toda la noche. ¡Bah! Al inicio de la noche estuvimos bebiendo, después...

-Me imagino. –cortó en seco la conversación Arturo- Vos perdonás muy fácil, ese es tu problema. Tenés el sí a flor de piel. Tenés que aprender a decir que no de vez en cuando. Si no te tiene como a un felpudo.

-Es que... a veces es tan dulce cuando tiene esas atenciones conmigo...

-¡Entonces no sé qué querés vieja! –se exaltó Arturo.

-Quiero que sea así para siempre.

-Nada dura para siempre, ya deberías tenerlo más que claro eso.

-Ya sé, ya sé... bueno, que le dure más tiempo quiero. Quiero que sea dulce más seguido. Que no joda tanto con el básquet quiero.

- Me parece que pedís demasiado. No esperes peras de un olmo viejo. – aclaró Arturo.

-No sé, ¿te parece que pido mucho?

En ese momento apareció por el bar Quique. Vestía todo de negro con un pasamontañas en la cabeza. Ninguno lo reconoció. Gladys al verlo se sobresaltó creyendo que sería un ladrón. Al instante Quique la tranquilizó.

-Hola Gladys, soy Quique, no te asustes.

-¿Qué hacés con eso en el marote? ¿Seguís con eso de los marcianos? – inquirió Arturo.

-¡Shhh! Callate salame. ¿No ves que esto está atestado de ellos?

-¡¿A dónde?! –preguntó confundido Arturo mirando para todas las mesas del café.

Quique se sentó a su lado. Sacó unas hojas y las puso sobre la mesa.

-¿Ves aquél de pelo castaño cortito, camisa marrón, corbata blanca, que

está mirando por la ventana? Mirá disimuladamente. Ese es uno. –dijo Quique con la cabeza gacha.

- ¿Si? ¿Algún otro? –preguntó Arturo, escéptico.

-¿Ves aquella con el vestido beige, que lleva ese collar de perlas, con cabello rubio recogido, que fuma incesantemente? Es otra.

-¡No me digas! ¡Están más buenas que las de acá! –exclamó Arturo.

- ¡Shhhh! Disimulá. Hay varios acá. Todavía es el turno de ellos para raptar. Se van a llevar cualquier punto. El próximo podés ser vos. O Gladys, por qué no.

-¿Yo qué tengo que ver con todo esto? –preguntó Gladys.

-Nada. Nada que ver. Ellos están haciendo sus estudios. Al gobierno se les está yendo de las manos. Siempre negociando con los científicos de allá, pero éstos son insaciables.

-Estuvo tomando otra vez. –le dijo Arturo a Gladys, señalando a Quique con un ademán como de quien bebe.

-¡No seas boludo! Vos hasta que no te raptan no vas a creer.

-Y no, más bien. Si no veo no lo creo. –dijo Arturo.

-Serías más inteligente si desconfiás de lo que ves. Sabés que las apariencias suelen ser engañosas.

-Ahora que la veo –interrumpió Gladys pensativa- le veo algo raro a esa. Por el gesto que hace mientras habla no parece de acá.

-Hablé con Asuntos Espaciales.-prosiguió Quique- Como se pinchó lo de Plutón tuve que recurrir a ellos. Me otorgaron protección por tres días. Pero pude saber que Marte está negociando con Neptuno para que sean ellos quienes me raptan cuando sea su turno. Después hacen intercambio, ¿entendés? Para Neptuno les da lo mismo que sea yo, vos o Gladys.

-¡Otra vez yo! ¿Me pueden dejar tranquila? ¡Por favor!

-Es un ejemplo. –arguyó Quique- Podría ser cualquiera para ellos. Pero para Marte no. Ellos se ve que están obsesionados conmigo.

- ¿Y por qué puede ser? –quiso saber Arturo.

- Es lo que estoy tratando de averiguar. En Asuntos me dicen que no tienen ni la más remota idea. Pero hay algo que no me cierra. Si Marte me quiere sí o sí ya me hubieran raptado la otra noche. Me interceptó uno de esos mientras tomaba una cerveza...

- ¡Te dije que estuvo tomando! –le dijo Arturo a Gladys.

-Me dijo que sólo quería hablar. Me preguntó por un correo que le había enviado el mes pasado al gobierno, en el que, según él, yo declaraba saber

que Marte estaba detrás de un descubrimiento que podía revolucionar la industria discográfica en la Tierra. El uso de ultrasonido. Pero le aclaré que nada que ver, que seguramente era un malentendido. Además, te imaginás si lo escuchan los perros... Para música mala ya tenemos bastante, le dije. Te espía el gobierno y te espían de Marte. No podemos esperar tener privacidad en nuestras vidas, con las cosas como están.

-¿Y entonces? ¿Te largó el marciano?

-Se fue sin saludar. –respondió brevemente Quique.

-¡Qué maleducados! Yo creí que sólo en Argentina pasaban estas cosas. – dijo Gladys meneando la cabeza.

-Pero me dejó una carta. –dijo Quique señalándola en la mesa- Una carta amenazándome a que renuncie al estudio que venía llevando adelante. Para mí que me confundieron con otro. No sé qué pensar. Es todo tan...

Arturo volvió a hacer el gesto moviendo el dedo pulgar de arriba hacia abajo con una de sus manos, señalando a Quique con la cabeza.

-Bueno, pero ahora estás a salvo. –dijo Arturo.

-Sí, pero el viernes vence el plazo que me dio Asuntos. Si quiero renovar me tengo que poner. ¡Y son veinte lucas que no tengo!

-¿Veinte lucas? ¡Cómo curra el gobierno! –exclamó Arturo.

- Bueno –intentó consolarlo Gladys-, no te persigás. Por ahí, quién te dice, se olvidan de vos.

-Imposible.

- Pensá en algo positivo, qué se yo. Tratá de dormir un rato.

- Llevo tres noches sin pegar un ojo. Ni la cerveza me ayudó a dormir.

Después pasá por casa Arturo. Hay más, pero no te lo puedo contar acá. Vení solo.

-Bueno, dale loco. Después voy.

- Tranquilo, vas a ver que todo va a estar bien. –le dijo Gladys frotando una mano sobre la espalda de Quique.

-Como te decía, vos hacé lo que te digo –prosiguió Arturo, mientras Quique se retiraba del bar-, no le lleves el apunte. Si está sonado, que se las tome.

-No sé... es que a veces es tan dulce. –dijo Gladys mirando hacia las nubes que se movían lentamente, detrás de una ventana.

3

Esa noche Arturo decidió, bastante a su pesar, pasar por la casa de Quique. Le intrigaba saber en qué andaría su amigo. La historia que él le narraba no lo atraía en lo más mínimo, pero, pensaba, en esos casos lo más noble era acompañarlo. Para eso están los amigos. Cuando llegó a la casa encontró todo, nuevamente, en penumbras. No intentó llamar, sabía cómo venía la mano. Dio la vuelta por atrás y subió por una escalera que Quique había colocado para acceder al techo. Cuando llegó, éste lo recibió.

-¡Por fin viniste, Arturo! Creí que ya no ibas a aparecer.

-Me extraña, Quique, que siendo araña viva en alambique.

-Vení, vamos acá bajo el tanque de agua. –dijo Quique señalando a un costado.

Quique vestía igual que cuando fue al café Tocayo, todo de negro. Llevaba aún el pasamontañas en la cabeza, pero al saludar se lo levantó y se lo dejó colocado sobre la cabeza haciendo las veces de gorro. Sobre el techo, que en esa oportunidad hacía las veces de piso, tenía algunas hojas, que hacían las veces de algo interesante para contar. Quique encendió una linterna que llevaba en su mano derecha y, con la que le quedaba libre, tomó una de las hojas que había bajo el tanque.

-Esta es la carta de Marte. Escuchá: -Quique leyó un pasaje en tono solemne- le solicitamos tenga a bien abandonar todo estudio pertinente al uso de ultrasonido para producciones discográficas. Sabemos que sus estudios han ido más lejos de lo que debería. No queremos tener que borrarlo de la faz de la Tierra. Usted puede no adaptarse a la atmósfera marciana. Además, su familia y amigos pueden llegar a extrañarlo.

- ¿Esto te lo dio el marciano? –inquirió Arturo.

-¿Quién, si no? Ellos saben todo. Pero acá se equivocaron. Hay alguien metido en todo esto, pero no soy yo el que sabe del asunto. Aunque, lamentablemente, ahora sé algo que no debería. ¿Quién sabe del uso de ultrasonido en música? Hay alguien investigando a los científicos de Marte.

- ¿Qué dice Asuntos Espaciales de todo esto?

- No pude hablarlo con ellos. No puedo hacerlo, sino es raptó seguro. Si hablo, pierdo. Si callo, pierdo también. De un lado la espada; del otro, la pared.

-Entiendo...

- La protección que me dio Asuntos vence el viernes. La cagada es que

Neptuno tiene veintiún días para raptar. ¡Es mucho tiempo!

-Claro. –asintió Arturo.

- ¡En ese lapso puedo ir a parar a otra galaxia!

- Y bueno... vos decile que no sabés nada. ¿Para qué te van a querer si no tenés idea de qué te está hablando? Te van a largar.

- Ahora estoy metido hasta el tuétano. Pero, ¡pará! Hay más. –Quique dejó la carta y buscó entre los papeles otra hoja que tenía allí. La iluminó con la linterna. Luego leyó:

- Señor Enrique Hilario Guglielminetto:

Nos complace contactarlo mediante esta misiva interestelar.

Queremos hacerle llegar nuestro agrado por saber que usted está detrás del estudio de la temible idea de Marte de utilizar ultrasonido en música terrestre. Sabemos que Marte quiere propagar mediante la misma sus lúgubres ideales de convivencia entre habitantes del espacio sideral a los cuales nos oponemos con tenacidad. Tenga presente que dichos ideales son convenientes a las prácticas marcianas pero afectarán en gran medida el comportamiento de los habitantes de la Tierra, en especial a su clase dirigente. Dichos ideales fomentan la prédica de la verdad para la cual la mayoría de la gente no está preparada para digerir. El uso de ultrasonido en la música tiene como finalidad fomentar esa búsqueda incitando, a quienes la escuche, reclamar airadamente a sus dirigentes que pugnen por la claridad en todas sus declaraciones. Como se imaginará señor Guglielminetto esto es inconcebible desde el punto de vista de la dirigencia, la cual está sobresaturada de la práctica del engaño, con fraudes y corrupción principalmente, por lo cual ni nosotros(por intereses para la paz en la galaxia) ni ellos lo podemos permitir.

Por lo tanto: queremos informarle que usted puede contar con nosotros para tomar asilo en Plutón y refugiarse aquí el tiempo pactado previamente con el gobierno que, calculamos, son nueve días, para continuar con los estudios pertinentes. En caso de estar de acuerdo, tomaremos contacto nuevamente con usted para acordar el rescate.

Saludo atte.

Erichfront

Ministro de Relaciones Exteriores de la Segunda Región de Plutón.

-O sea que Plutón también sabe de esto. ¿Qué estuviste estudiando Quique? –cuestionó Arturo.

-Mirá, que yo recuerde... puede ser unos sitios raros que estuve visitando en internet. Entré a un foro en el que se hablaba de que Plutón estaba negociando con Asuntos, porque según ellos, le correspondía el turno que Marte había perdido, previo a Neptuno. Todos discutían el tema. En un momento aparecieron los links de varios sitios, y como estaba muy aburrido, cliqué. Fui a parar a un sitio de música latina, mirá cómo son las cosas. Ahí me contacté con una mina que me habló del uso de ultrasonido.

- ¡Ah! ¡Pero entonces sabías del tema! –exclamó Arturo.

- Sí. Bueno, no. No sabía que era Marte quien lo quería utilizar. Ella me dijo que primero lo querían empezar a usar en reggaetones, como nadie le da bola a las letras era más fácil empezar por ahí. Y que ya habían hecho pruebas en música electrónica. Pero yo pensaba, por lo que me decía esta chica, que eran las propias discográficas las que lo querían incorporar.

¿Viste que hacen lo que quieren con la música? Ya no tienen límites.

- ¿Y en qué quedó?

- En nada. Eso es todo lo que pude saber. Bueno, no. En realidad, leí por ahí que las empresas de publicidad, en asociación con las discográficas, iban a bancar el uso de ultrasonido para publicitar los productos que las contraten para el trabajo. Esto me lo dijo un contacto que esta mina me tiró, un tal Ramsés.

- Entiendo... ¿y dónde aparece Marte?

- Eso es lo que no sé. Yo nunca supe que Marte estaba detrás de todo esto. Recién me vine a desayunar cuando me lo crucé al marciano la otra noche tomando cerveza que me apuró y me dejó la carta amenazándome.

- Tenés que aflojarle al chupi, Quique.

- Estaba tan caliente que no la pude terminar. –aclaró Quique.

- ¿Qué vas a hacer ahora?

- No sé...¿Vamos por otra cerveza? Necesito pensar con claridad...

-Vamos. –dijo Arturo resignado mientras Quique juntaba las hojas que había bajo el tanque de agua.

El Maracaná estaba lleno de gente. Arturo no se había sentado cuando Quique apuraba la cerveza. Había dispuesto las cartas sobre la mesa y con una mano las acomodaba para así poder observarlas todas mientras que con la otra bebía. Arturo se acomodó frente a él. Se había sacado la campera que llevaba puesta y luego la dejó sobre el respaldo de la silla en la que posteriormente se sentó. Quique tomó nuevamente una carta y se quedó pensativo, o al menos eso se intuía mientras Arturo lo observaba bebiendo.

- Asilo en Plutón. –dijo Quique por fin.
- ¿Te parece? –inquirió Arturo.
- Ellos creen que estoy estudiando a los científicos de Marte y que por ello puedo ser una carta que juegue en su favor. Si especulo con esa posibilidad lo mejor es pedir asilo en Plutón. Lo malo, si se puede decir, es que no voy a tener nada para estudiar. Allá la tecnología es muy avanzada. Está a la vanguardia de la galaxia. Para algo me puede servir. Pero...
- Siempre hay un pero, más en estos casos.
- Pero si ellos no pudieron saber más del asunto por algo debe ser. Pensá Arturo. ¿Por qué no llevaron el estudio ellos adelante? ¿Qué puede saber un pobre terrícola más que el gobierno planetario de un astro que nos lleva años luz en materia de tecnología? ¿Por qué... por qué debería alguien sin los recursos de ellos en la Tierra interesarse por el uso de ultrasonido de parte de Marte en música para adolescentes?
- Es otro gran misterio... –dijo Arturo dando un sorbo a la cerveza.
- Por otro lado, Marte me la tiene jurada y no va a dejar pasar la oportunidad que tiene Neptuno para raptarme.
- ¿Ellos ya utilizaron su rapto permitido?
- ¿Quiénes?
- ¡Los marcianos, boludo!
- Ah, no. Creo que no. –negó Quique mientras volvía a cargar su vaso con su néctar predilecto- Además, es irrelevante para nosotros a quién hayan raptado. Si ya arreglaron con Neptuno, debe ser alguien en quienes ellos han puesto la vista. Algo que les pueda ser de utilidad. A ellos le interesan más que nada los artistas. Escritores, pintores, músicos, actores. ¿Sabés por qué? Ellos estudian la conciencia de ese tipo de gente. Ellos no están por la ciencia. En Neptuno siempre fomentan la creatividad y su estudio es lo que los apasiona. Acá estamos en el paraíso en ese terreno. Lo de ellos

es muy primitivo, rudimentario, por eso buscan ese tipo de especímenes. El último conocido que se llevaron fue Leonardo Sbaraglia. Lo tuvieron veinte días en cautiverio exprimiéndolo. Pobre... cuando lo interrogaron los periodistas de acá tuvo que negar todo. Sabés que si hablás sos boleta. Pero a su mujer no le pudo mentir y ahí se filtró la información. El gobierno por supuesto que oculta todo. Son cuentos, dicen los políticos nuestros. Pero la gente está avivada y sabe bien lo que pasa. –Quique fondeó el vaso de cerveza y volvió a servirse- Se pierden los detalles de los sucesos, desconoce si raptaron a tal o cual, pero lo grueso del asunto lo sabe. Y lo sabe bien la gente.

- Claro. Son cosas de todos los días. –afirmó Arturo con escepticismo.

- Sí, vos reíte. Cuando te raptan vení que te consuelo.

- ¿Y a mí para qué me van a raptar? No sé lo que vos sabés, ni soy actor ni toco el piano.

- ¿Y de la poesía que escribís, qué me decís? –cuestionó Quique, desafiante.

- ¿Por eso? ¿A quién le puede interesar lo que hago en mis ratos de ocio? Son pensamientos sobre un papel. Sentimientos tempranos que no alcanzaron a florecer.

- Vos confiate del santo y no le prendás una vela...

- ¡Bah! –dijo Arturo mientras llamaba al mozo- Pedimos otra, ¿te parece?

- Sí. Tengo la garganta seca todavía. –asintió Quique.

- Acá tengo una que escribí para Gladys. Todavía no se la di. –Arturo agitó su garganta y luego leyó- A ver qué te parece. Lo titulé Encuentros:

Suelo encontrar en tu piel
la dulzura de la miel,
suelo encontrar en tus ojos
la música de Los piojos.
Suelo encontrar en tu calma
la paz que anhela mi alma,
suelo encontrar cuando hablas
libertad en tus palabras.
Suelo encontrar cuando callas
un silencio en el que te hallas
perdida inocentemente.
Te encuentro frecuentemente

tan bella y eso me provoca
que te bese y te vuelvas loca.

-Qué interesante a lo que le dedicás tu tiempo...

-Antes que andar atrás de los marcianos... –dijo Arturo.

-Ellos andan atrás de mí, no te confundas.

- ¿Y qué pasa si te raptan ellos?

-¿Sos loco? Te meten en unos tubos con un líquido ámbar, lleno de cables, todo pinchado, te tienen ahí una semana, no sabés... te alimentan vía intravenosa. Es peor que una tortura china.

- ¿Y con qué fin, Quique?

- Información. Es la era, ¿no?

- Claro. –asintió Arturo- ¿Pero no la pueden obtener... por las buenas?

- Esa es por las buenas. Son sus métodos. Por las malas es aún desconocido para mí. Pero imaginate lo que puede ser. –dijo Quique mientras bebía otro trago de cerveza.

Quique se sacó el pasamontañas de la cabeza y rascó sus escasos cabellos. Lo dejó sobre la mesa, al lado de una de las cartas que luego tomó. Luego, en voz alta, leyó:

-... usted puede contar con nosotros para tomar asilo en Plutón y refugiarse aquí el tiempo pactado previamente con el gobierno que, calculamos, son nueve días. –La volvió a dejar sobre la mesa y reflexionó- ¿Me querés decir qué como hago nueve días en Plutón? Allá no hay minas, no hay cerveza. Ni siquiera fútbol para distraerse un rato.

- ¡Un embole! –exclamó Arturo.

- Muy avanzados, muy avanzados, pero de vida no entienden nada. ¡Y no sabés lo que es la música de Plutón! ¡Un dolor de oídos terrible! Te digo más, escuchás un reggaetón después de eso y te parece linda música.

- ¡¡Eh!! ¿Tan mala es, che?

- ¡Y me quedo corto! –se lamentó Quique.

- Para que tengo un llamado. –Arturo miró la pantalla de su teléfono. Luego apretó un botón y atendió- Hola Gladys, ¿cómo estás? No me digas, yo también tengo algo para darte. ¿Querés que nos veamos? ¡¿Ahora?!

1.5

Quique conversaba fluidamente. Nada de lo que veía le parecía extraño. El hombre frente de él provenía de Marte, pero su fisonomía en nada era distinguible de algún terrícola. El hombre vestía una campera celeste sobre una camisa azul a cuadros y pantalones de jean. Su nariz resaltaba su rostro o tal vez lo hacía el hecho de tener los pómulos hundidos. Ojos verdes y de cabello gris opaco, el hombre así le hablaba a un Quique que parecía no entender o daba más atención a la cerveza:

- Sabemos que usted tomó contacto con el gobierno.
- ¿Yo? ¿Cuándo?
- Le envió un correo al que tuvimos acceso.

Quique apuró la cerveza. El hombre se acomodó en una de las sillas frente a él. La confitería tenía casi todas las mesas ocupadas, a excepción de dos al fondo del pasillo que daba a los baños.

- Mi nombre es Stan Trecktor. Vengo de Marte exclusivamente para hablar con usted.
- ¿Qué pretende usted de mí? –dijo Quique evocando a una famosa actriz de otros tiempos asiéndose firmemente al vaso de cerveza con una mano y a la botella con la otra.
- Tranquilo. Sólo quiero hablar.
- Bien, señor Trecktor, si es así, ¿en qué lo puedo asistir?
- En el correo que usted envía al gobierno, declara saber que nosotros estamos detrás de un importante proyecto. Le informo que en el mismo vienen trabajando desde hace años nuestros mejores científicos. No es un dato menor el hecho de que lo más valioso que tenemos lo destinamos a dicho proyecto.
- No sé de qué proyecto me habla, señor. Ni tampoco recuerdo ese correo que dice haber interceptado.
- ¡Vamos, Enrique! Usted sabe bien de qué le estoy hablando.
- No, le juro que no. –se excusó Quique arqueando las cejas- El otro día le mandé un correo al ministro de economía para decirle mi postura con respecto al intercambio de divisas con China. ¿Es ese correo al que se refiere?
- Guglielminetto... ¿usted me quiere tomar por idiota?
- Le juro que no. No sé... ¿de qué correo me habla?

Trecktor metió sus largos dedos en el bolsillo izquierdo interior de su campera celeste. De allí extrajo un sobre marrón del cual sacó un papel que le enseñó a Quique. Éste leyó:

-Señor Ministro de Cultura de la Nación:

Le escribo porque recientemente pude acceder a la información de que la industria de la música está detrás de incorporar el uso de ultrasonido en producciones discográficas. Según pude saber, este tipo de tecnología puede alterar sensiblemente el comportamiento de los ciudadanos... ¡Ah! — exclamó Quique- Este era el correo. Sí, le escribí porque las discográficas están detrás de planes maquiavélicos y quería alertar al gobierno para que no los tome por sorpresa. Pero yo no hablé en ningún momento de Marte.

- Pronto iba a dar con esa información. —explicó Trecktor serio.

- Es posible... todo es tan versátil que uno se encuentra muy rápido ante datos de cualquier planeta.

- Así es, Enrique. —asintió Trecktor- verá, sabemos que aún no cuenta con protección y es nuestro turno para raptar.

- Lo sé, señor Trecktor. Pero no creo que les convenga llevarme a mí. No tengo información precisa.

- Eso lo decidiremos nosotros. Podría llevármelo aquí mismo. En este preciso instante puedo pedir su captura, me envían el comando de secuestro en menos de lo que canta un gallo.

- Disculpe que lo corrija, Trecktor, se dice gallo.

- Eso mismo, un galio. —corrigió Trecktor.

- Gallo, gallo. —insistió Quique.

- Ya basta, Guglielminetto, o haré que se lo lleven con nosotros. ¿Tiene idea lo que es pasar una semana en el túbbar?

- ¿Qué es eso? —preguntó Quique mientras daba un sorbo a la cerveza.

- Un tubo con líquido ámbar en su interior donde usted ingresa para “cantar” todo lo que sabe.

- ¡Ah, sí! Algo había escuchado hablar de eso. —dijo Quique apoyando el vaso sobre la mesa.

- Procure evitarlo, Guglielminetto. No se lo aconsejo. —habló Trecktor mientras se desprendía un botón de su camisa- Es imperioso para nosotros y, sobre todo para usted, que abandone inmediatamente el estudio del tema.

- ¿A usted qué le importa lo que hago con mi vida?

- Sepa que su vida no está limitada y en caso de extralimitarse

inmiscuyéndose en asuntos que para nuestros intereses son cruciales usted estará entrando en un terreno pantanoso del cual le será muy difícil salir. Sea sensato, Enrique. Usted puede dejar todo aquí y nosotros haremos de cuenta que usted no sabe nada al respecto.

- Bueno, no sé... señor Trecktor. Me parece que usted pide que abandone mi modo de vida. –dijo Quique.

- No necesariamente Enrique. Vea el lado positivo. ¿Se imagina a sus amigos y familiares lo que pueden sufrir extrañándolo?

- ¡Qué saben de sentimientos terrícolas ustedes! –exclamó Quique y sorbió todo el contenido de su vaso.

- Sabemos más de lo que usted imagina. Tome. –dijo Trecktor extendiéndole un sobre blanco que previamente había sacado de otro bolsillo.

- ¿Qué es esto? ¿Me quieren sobornar?

- Es una epístola. Quizá leyendo entienda mejor cómo debe ser su proceder. Espero no tener que volver a visitarlo. Adiós.

- ¡Chau... máquina! –saludó Quique, mientras Trecktor dejaba la confitería.

Quique abrió el sobre rompiendo una de las aristas laterales. Hizo un pequeño bollo con el papel que recortó y lo dejó sobre la mesa. Luego del sobre sacó la carta que leyó mientras continuaba bebiendo cerveza. Luego leyó el final de la carta:

Largue todo lo que está estudiando acerca del uso de ultrasonido inmediatamente o le vamos a ir a buscar para cagarle bien a trompadas. Forro.

Atte, la Comitiva para Asuntos Terrícolas en Marte.

Quique volvió a guardar la carta dentro del sobre. Terminó el vaso de cerveza, recogió la carta y la guardó en un bolsillo. Se fue rápidamente de la confitería y cuando estaba lo suficientemente lejos como para regresar, un terrible pánico se apoderó de su pensamiento: se había ido sin pagar.

3.5

Cuando Arturo dio marcha a su auto, un 504 al que le hacía falta un buen service, al que no le había hecho la verificación técnica desde hacía más de tres años, éste hizo un fuerte ruido y no arrancó. Inmediatamente abrió el capot del mismo y vio que salía un humo espeso en uno de los sectores del motor.

- ¡Otra vez lo mismo! –exclamó Arturo con rabia.

Quique se había bajado del auto y cabizbajo no dejaba de refunfuñar.

-Encima el mío lo tengo en el taller. –aclaró.

- Lo tengo que dejar enfriar. Ya le tengo tomado el pulso. –explicó Arturo-
Pasan un par de horas y arranca bien.

- Qué cagada, viejo.

- Vamos caminando mientras tanto. –dijo Arturo- El capot lo dejo abierto para que se enfríe más rápido.

- ¿A dónde vamos entonces? –inquirió Quique animado.

- Al Maracaná, ¿te parece?

- ¡Uh! Son como veinte cuadras...

- Y dale, ¿o vos tenés algo que hacer?

- Tomar cerveza cuanto antes.

- Dale, no seas maricón. Pateamos un rato para que se te pase un poco el meteión que tenés con los marcianos.

Habían empezado a caminar en dirección al bar Maracaná, sito en Sixto Laspiur al 3200. Arturo se desabrochó la campera. Estoy entrando en calor, había dicho. Quique llevaba el pasamontañas cubriendo su rostro. En un bolsillo las cartas. Arturo encendió un cigarrillo para enturbiar sus pulmones. Se detuvieron a observar una vidriera en la que exhibían distinto tipo de indumentaria masculina.

Mientras tanto, Gladys componía poesías recostada en la cama. Estaba semidesnuda, con una camiseta rosa que utilizaba para dormir y sólo llevaba puesta una bombacha negra. Recostada boca abajo, sobre un cuaderno iba apuntando los pensamientos que afluían a su imaginación.

Me siento rara y te extraño
no entiendo el paso del año

todo es tan vertiginoso
y hace que sea tedioso.

Esta rareza que siento
no es más bien un lamento.
Mi boca pide algún beso,
tengo hambre, traé queso.

Gladys cortó la hoja y la hizo un bollo. La tiró a un costado de la cama. Bamboleaba sus pantorrillas en el aire. De repente sintió sed y bebió un jugo de naranjas en serio que tenía sobre la mesita de luz. Se soltó sus cabellos y se los acomodó a un lado de su rostro. Mientras, pensaba. Luego, ocurrente, anotó:

De tí hay algo que me gusta
es eso de andar divagando
aunque un poco también asusta
tanto verte así, filosofando.

Tus palabras son tan claras
por momentos suenan raras
como eso que Sócrates dijo
que nada se sabe, predijo.

Pero igual me agrada escucharte
por eso hoy decido confesarte
que siento por tí locamente
un amor que es evidente.

“No. Amor, no”, dijo Gladys y tachó el último verso. Se rascó la cabeza como intentando darle a su imaginación un vuelo diferente.

Que me alegras diferente, anotó.

“¿Diferente a qué?”, dijo. Luego cortó la hoja y repetía la escena anterior, tirándola al piso de la habitación. En ese momento oyó que golpeaban la puerta. El timbre estaba en corto por lo que había dejado de funcionar. Cerró el cuaderno y luego juntó rápidamente los bollos de papel que había dispersos por el suelo y corrió a tirarlos al cesto.

El ultrasonido es una onda acústica cuya frecuencia está por encima del umbral de audición del oído humano. Algunos mamíferos como los delfines y los murciélagos lo utilizan de forma parecida a un radar en su orientación. Al ultrasonido se lo utiliza en aplicaciones industriales y también en ingeniería civil. Además, en medicina: ecografía, fisioterapia y ultrasonoterapia. Se ha popularizado su uso como repelente para insectos, especialmente mosquitos. Hay asociaciones que piden encarecidamente que se retire del mercado los productos que lo utilizan pues, aducen, son ineficaces.

- Comuníqueme con el Secretario General de Asuntos Espaciales, por favor.
- dijo una firme voz al otro lado del teléfono.
- En este momento está en reunión, ¿quién le habla?
- Erichfront, Ministro de Relaciones Exteriores de la Segunda Región de Plutón.
- Señor Front, la reunión está terminando, puede usted llamar en veinte minutos y lo comunicaré con el Secretario General con mucho gusto. -dijo la mujer que había atendido el teléfono.
- Señorita, ¿no puede hacer algo más que eso?
- Bien, señor Front. Déjeme que consulto.

La mujer puso la llamada en espera. Inmediatamente se levantó y golpeó la puerta de la oficina del Secretario General de Asuntos Espaciales. Aguardó un instante y, como no recibía respuesta, volvió a golpear, esta vez un tanto más enérgica.

- Adelante. -se oyó la voz del Secretario General al otro lado de la puerta.
- Tiene un llamado de un tal señor Front, de Plutón.
- Clara, ¿no ves que estoy en reunión?
- Lo sé señor, pero como insistió le dije que lo notificaría para ver si lo podía atender antes.
- Bien, comuníqueme. -dijo el Secretario General visiblemente molesto.
- Señor Secretario General, soy Erichfront, Ministro de Relaciones Exteriores de la Segunda Región de Plutón.
- Qué tal señor Front. Disculpe pero ando escaso de tiempo. Si no es nada de urgencia, tenga la amabilidad de ser lo más breve posible.
- Lo seré, señor Secretario. Tenemos el caso del señor Guglielminetto, a quien posiblemente le daremos asilo.
- Señor Front, creo que está equivocado. El señor Guglielminetto tiene

protección nuestra.

- Tengo entendido que vence el viernes. –aclaró Erichfront.
- No tengo el dato aquí conmigo. ¿Y bien? ¿Qué interés tiene en ese punto?

- Por lo pronto lo queremos tener aquí con nosotros. Sabemos que necesita un... cuidado especial.
- ¿Entonces? –inquirió el Secretario General.
- Quiero que me facilite darle el asilo que sea necesario para que él esté tranquilo y pueda cooperar con nuestros intereses.
- Nueve días. Ni uno más. –respondió enérgico el Secretario General.
- Verá. Nosotros le queremos solicitar que ceda, más si nos atenemos al código de convivencia interplanetaria...
- ¡En este caso no hay código que valga, señor Front! Y lo sabe muy bien. No sé por qué me hace perder el tiempo así. Nueve días o se queda con nada. Usted decide.
- Bien, gracias por su atención, señor Secretario General.
- Adiós. –dijo el Secretario General de Asuntos Espaciales y colgó bruscamente el teléfono.

Luego, volvió a tomar el teléfono y se comunicó con su secretaria.

-Clara, a ver si podés entender mis palabras: Estoy en reunión. No me interrumpas por nada. No es difícil, me parece, no sé...

Por la mejilla de la joven asistente del Secretario General rodó una diminuta lágrima que rápidamente llegó hasta sus labios.

5

- Buen día, Guglielminetto. Disculpe usted si lo desperté. –dijo una voz firme al otro lado del teléfono.
- ¿Quién habla? –preguntó Quique somnoliento.
- Soy Erichfront, Ministro de Relaciones Exteriores de la Segunda Región de Plutón.
- Ah... hola señor Front. ¿Qué necesita?
- Me parece que el que está en situación de necesidad es usted. ¿Ha pensado en nuestra propuesta?
- Si... pero todavía no lo decidí. –Quique se agarró la cabeza.
- Guglielminetto, recuerda usted que mañana vence la protección que le dio Asuntos Espaciales, ¿verdad? –preguntó Erichfront modificando levemente su tono de voz.
- Es verdad, me queda un día. Bueno, tengo hasta mañana para pensarlo.
- Vamos, Enrique. Sea razonable. Con nosotros no tiene nada que perder, es más, tiene todas las de ganar. Usted viene aquí, le damos un lugar exclusivo para que pueda continuar con su estudio del uso de ultrasonido en producciones discográficas y luego regresa a vivir su vida normal, una vez que pase el temporal marciano.
- Es una posibilidad, pero... –Quique volvió a tomarse la cabeza- ...pero ¿y después qué? Una vez que regreso del asilo me voy a encontrar en la misma situación que ahora. A Neptuno le van a quedar varios días más para raptar. –esbozó Quique.
- Para ese entonces, Guglielminetto, Neptuno ya se habrá llevado algún punto. Ellos no van a especular con la posibilidad de hacer un intercambio con Marte después de tantos días, se lo aseguro. Usted sabe que si no raptan pierden su turno y, en el caso de Neptuno al tener veintiún días, pierden tres vueltas, ¿recuerda? ¿Usted cree que se van a arriesgar a perder su posibilidad de llevarse a un buen cantante, por ejemplo?
- Es cierto... –esgrimió Quique.
- Además, ¿piensa usted que Marte se llevará un inútil –para ellos- artista teniendo la posibilidad de proseguir con sus estudios al que tanto interés le han dado? Seguramente hoy se llevarán un ingeniero o un científico de la Tierra y dejarán el asunto allí, rogando que usted abandone su estudio relacionado al uso de ultrasonido en producciones discográficas. –explicó Erichfront con solemnidad.
- No sé, ahora no puedo pensar tanto. Tengo un dolor en el marote que se

me parte en mil pedazos.

- ¿El marote? –inquirió Erichfront.

- La sabiola, la cabeza. –aventuró Quique.

- El consumo en exceso de licores como la cerveza trae aparejado ese tipo de dolencias, ¿sabía usted?

- Sabía, pero soy bastante desconfiado y me gusta probar las cosas antes para ver si son realmente ciertas. Son mis métodos de trabajo. -argumentó Quique otra vez tomándose la cabeza.

- Tse doré. –esbozó Erichfront.

- ¿Qué?

- Testa dura. –aclaró Erichfront.

- Déjeme pensarlo Front. Para mañana le tengo una respuesta. –dijo Quique.

- De acuerdo. Piénselo. Luego vuelvo a comunicarme con usted.

- Ah, señor Front...

- ¿Sí?

- Una cosa más. ¿Hay alguna posibilidad de ver algún partido de Racing mientras esté asilado en Plutón?

- Lo siento Enrique. Todo ese tipo de distracción nociva para la paz del planeta altera de forma dramática el comportamiento de los televidentes, por lo que el satélite bloquea los canales que lo transmiten. No podemos hacer nada al respecto. Las leyes son las leyes.

- ¿Y cómo matan el tiempo?

- ¿Matarlo? Qué empresa más ridícula. Ustedes tienen costumbres muy alocadas Enrique. Hablamos luego. Espero se decida favorablemente a nuestros intereses, que en este caso son también los suyos.

- Lo pienso, lo pienso. –dijo Quique.

- Hasta luego. –dijo Erichfront y colgó.

Arturo conducía el viejo peugeot cuando se detuvo frente a un semáforo. Un joven se acercó para limpiarle el parabrisas. Arturo hizo señas de que no lo deseaba pero aquél no tomó nota de los gestos que desde dentro del habitáculo Arturo le hacía y se dispuso a limpiarlo de todas formas. Arturo meneó la cabeza. ¡Será posible!, exclamó y se puso a buscar en su billetera algún dinero para darle al muchacho. Luego éste se acercó a la ventanilla del conductor y Arturo le extendió un billete de cinco pesos, cuestión que el muchacho respondió diciendo: gracias, maestro. Continuó conduciendo el 504 y cuando no habían pasado diez minutos, se detuvo frente a otro

semáforo. En el mismo, unos muchachos hacían malabares con botellas. Hoy no es mi día, dijo Arturo, y buscando en su billetera encontró que sólo llevaba billetes de cien. Revisó la guantera del auto y encontró allí unas monedas que le extendió a uno de los muchachos que, finalizada la función, se acercó para obtener su retribución.

De la fusión del reggae y el hip hop surgió en el Caribe lo que hoy conocemos como reggaetón. Con raíces en el reggae jamaicano, nace probablemente en Panamá y paralelamente en Puerto Rico. Su nombre deja entrever que es un reggae grande: Reggaetón. Muchos de los cantantes de éste género están acostumbrados, por la influencia del hip hop, a recitar las letras más que a cantarlas. Sus temas, que originalmente eran de contenido social, hoy aluden principalmente al sexo. El ritmo de este tipo de música es producido electrónicamente.

Quique prendió la radio mientras se preparaba un café. La máquina no había terminado de filtrarlo cuando oyó que golpeaban la puerta. Quique se colocó una remera sobre su torso y fue a abrir la puerta.

-¿Quién es? –preguntó Quique.

- Trecktor. Stan Trecktor. –dijo la voz al otro lado de la puerta.

Quique abrió con cautela. Se asomó por la puerta que dejó entreabierta y saludó. El hombre de sombrero negro y cabellos grises asintió con la cabeza.

- ¿Puedo pasar? –dijo por fin- Le tomará sólo cinco minutos.

Quique dudó. Se rascó la cabeza, le dijo que en un minuto estaría de regreso y cerró la puerta. Se vistió un pantalón de jean y se puso zapatillas en los pies. Luego, volvió a la puerta e hizo pasar a Trecktor. El hombre se adelantó y Quique lo siguió de atrás por el pasillo que daba al comedor.

- ¿Quiere un café? –preguntó Quique con amabilidad.

- Sí, gracias. –dijo Trecktor asintiendo.

Quique sirvió café para los dos. El silencio del encuentro imperaba ese momento. Trecktor no endulzó el café, mientras que Quique puso dos cucharaditas de azúcar en su taza. De repente, Trecktor sacó un revólver calibre veintidós que en un movimiento colocó sobre la mesa.

-Encienda la computadora. –ordenó.

- Sí... –balbuceó Quique temeroso- Tarda un poco al prender. –explicó Quique.

- Tal vez esté necesitando un service. –agregó Trecktor- La red está llena de todo tipo de alimañas informáticas.
- Le hago mantenimiento bastante seguido, pero siempre se demora al prender más de lo que debería. No me lo han podido solucionar ese inconveniente. –explicó Quique.
- No se preocupe. Tenemos tiempo. –argumentó Trecktor.

Por fin se escuchó el sonido característico de inicio de Windows en la computadora de Quique. Este se había sentado nuevamente en una silla frente a Trecktor y bebía café. Trecktor levantó el revólver y Quique se echó para atrás en un gesto al unísono con el movimiento del arma. Trecktor corrió una pequeña perilla que había en la culata del revólver y de allí extrajo un pequeño adminículo.

- Enchúfelo. –ordenó.

Quique lo observó. Era un pendrive que se adaptaba al espacio de la abertura del revólver en la parte inferior de la culata. Lo enchufó en un puerto de la computadora.

- En la carpeta música, busque un archivo con el nombre “terciopelo”. –dijo Trecktor- Ábralo.

Quique lo abrió y pronto se oyó una canción. Era un reggaetón.

- Ya vengo. –se excusó Quique- Voy por otra aspirina.

6

Había estacionado el 504 en un lugar permitido para tal efecto. No obstante, al bajar del vehículo un inspector de tránsito hizo sonar su silbato. Arturo miró hacia donde estaba el inspector. Éste le hizo un gesto indicándole que no podía dejar el automóvil en ese lugar.

- ¿Por qué? –preguntó Arturo elevando la voz.

Lo que dijo el inspector fue inaudible para él. Arturo se acercó al inspector y éste le indicó que en ese lugar, por el horario, estaba reservado para el descenso de mercadería y que debía retirarlo. Cuando Arturo quiso dar marcha al peugeot, el coche hizo un fuerte sonido y no arrancó. Se bajó del auto, abrió el capot y del motor emanaba un humo oscuro que hizo toser a Arturo. Luego volvió a dirigirse al inspector para explicarle la situación. Le comentó que le tomaría un buen rato poder dar marcha al mismo. El inspector le pidió los papeles del vehículo y pudo comprobar que no tenía la vtv (sigla de Verificación Técnica Vehicular).

- Debo hacerle la multa. –dijo con gesto adusto el inspector.

- Pero no, sea razonable. Es el único auto que puedo pagar. De poder cambiarlo ya lo hubiera hecho hace tiempo. Pero no me da el cuero. – explicó Arturo.

- Lo siento. No puedo hacer nada.

- ¡Vamos! Siempre se puede hacer algo. A ver... –dijo Arturo buscando en su billetera- Acá encontré la vtv. –dijo dándole un billete de cien al inspector.

- ¿Qué es esto? ¿Me quiere sobornar? ¿Usted piensa que trabajo por diversión, o porque no tengo nada mejor que hacer? Amo mi trabajo. Usted se equivoca al prejuizar. Le voy a hacer la multa por estacionamiento indebido, por no tener la vtv al día y por intento de soborno lo voy a denunciar. ¡Ah! Y tiene veinte minutos para retirar el auto o hago que se lo lleve la grúa.

- Definitivamente hoy no es mi día. –suspiró Arturo.

Quique revisaba animosamente los correos en su bandeja de entrada. Recibió uno del Ministerio de Relaciones Exteriores de la Segunda Región de Plutón firmado por Erichfront. Tenía por fecha el miércoles 13 de agosto, es decir, era del día anterior. En él pudo leer lo que el mismo Erichfront le dijo por teléfono. Lo incitaba a tomar asilo en Plutón, detallando las ventajas de tomar tal decisión. En otro correo, se había contactado con él Demian

“Ramsés” Ortigoza. En el mismo, cuyo asunto decía “Discreción”, leyó lo siguiente:

Quique:

Te escribo en esta ocasión porque pude saber algo que te puede llegar a interesar. Hay dos empresas muy, pero muy importantes, que le aportaron en la última semana a los científicos de Marte -en suma- 50 millones de dólares para que continúen con sus estudios en cuanto al uso de ultrasonido en pautas publicitarias como adelanto de lo que planean hacer con ello. Sí, 50 palos verdes. Una es una de las principales embotelladoras de bebidas cola en la Tierra. La otra empresa es la fabricante de un jabón para la ropa, principalmente ropa blanca, ¿me entendés?

Si sé de algo nuevo te lo hago saber inmediatamente. Vos lo mismo.

Nos mantenemos en contacto.

Ramsés.

En Marte, la densidad atmosférica muestra variaciones en cada estación. Es menor cuando el dióxido de carbono se hace hielo y se deposita en el casco polar sur, durante el invierno meridional. En el hemisferio norte, hay un efecto parecido, aunque es menor. La densidad es muy baja como para que exista una cantidad importante de agua en estado líquido. No obstante, en épocas en que fluían los ríos en Marte, la atmósfera seguramente era mucho más densa que en la actualidad.

Quique sin levantarse de la silla frente a la computadora buscó un número en su agenda. Rápidamente realizó un llamado a Asuntos Espaciales. Lo atendió la secretaria y pidió hablar con el Secretario General. Ella le explicó que en ese momento el Secretario General no lo podía atender, pero se ofreció a tomar nota de su pedido.

- Necesito hablar con él. Es de carácter urgente. –imploró Quique.
- No puedo hacer nada señor. –dijo la joven asistente.
- ¡Vamos! Siempre hay algo que se puede hacer en estos casos.
- Lo siento, señor. Me ha pedido que no lo interrumpa por ningún motivo.
- ¿Cuál es su nombre, señorita? –interrogó Quique.
- Clara. –respondió con dulce voz.
- Clara, te pido por favor que le pidas al Secretario General que me atienda. Es de vital importancia para el planeta.
- ¿Cómo me dijo que es su nombre?

- Decile que le habla Guglielminetto. Pero vos llámame Quique.
- Bien, Quique, veremos qué dice el Secretario General.

Clara se levantó del asiento y golpeó una, dos y hasta tres veces la puerta de la oficina del Secretario General. Luego de un momento, una voz dijo: adelante.

- Señor Secretario General, tiene un llamado de carácter urgente.
- ¡¿Pero no le dije que no me interrumpa por nada?!
- Lo sé, señor, pero como insistió...
- Usted es muy endeble. Eso es lo que pasa. La apuran un poco y cede.
¿Quién es que habla? ¿No lo pudo resolver usted? –preguntó el Secretario General.
- No, quería hablar exclusivamente con usted. Es el señor Guglielminetto.
- ¡Oh! Guglielminetto. Buen punto ese. Comuníquelo. –ordenó el Secretario General.

Clara volvió a su escritorio y le dijo por el teléfono a Quique que el Secretario General lo iba atender de inmediato.

- Gracias corazón. Estoy en deuda. –afirmó Quique.

Clara oprimió el botón para pasarle la llamada al Secretario General.

- ¡Guglielminetto! ¿Cómo anda usted?
- Bien, Estévez, bien. Gracias por preguntar.
- ¿Tiene alguna novedad? –preguntó el Secretario General de Asuntos Espaciales.
- Nada por ahora. Lo llamo por otro asunto. –explicó Quique.
- Dígame, lo escucho.
- Como usted sabe, mañana vence la protección que me han dado.
- Efectivamente. –afirmó el Secretario General- ¿Y bien?
- Bueno, quería saber qué posibilidad hay de que me extiendan el plazo de la misma, sin acarrear ningún costo excedente.
- El plazo sabe que lo puede extender sin ningún problema, Guglielminetto. Lamentablemente lo va a tener que costear usted.
- ¡Pasa que veinte lucas es mucho! No tengo ese dinero ahora. –esgrimió Quique.
- Déjeme ver si puedo gestionar una reducción en la tarifa. Tal vez hay algún punto de la ley que no hayamos tenido en cuenta. En estos casos, podemos justificar un descuento mediante algún artilugio legal. Dígame, ¿de cuánto dinero dispone?

- No llego a doce mil. –aclaró Quique firme.
- Déjeme ver qué puedo hacer por usted. Tal vez, si aplicamos el artículo 27.214 del código, podemos extender, justificando la reducción en el costo a la mitad, el plazo por unos diez mil. Aunque también el tiempo debe ajustarse por lo que dice el código. No sé si le va a convenir en términos de rendimiento de capital.
- Estévez, es mi vida la que está en juego. No lo imagino en mis zapatos. – argumentó Quique enérgico.
- Bien, bien. Tranquilo, Guglielminetto. Alguna solución le vamos a dar. Por la tarde me comunico con usted.
- Espero su llamado entonces. Hasta entonces. –se despidió Quique.

Ni bien colgó el teléfono, Quique, siempre sentado frente a la computadora, observó que un nuevo correo electrónico ingresaba en su bandeja de entrada. De un remitente desconocido hasta ese momento, lo primero que leyó fue el asunto del mismo: Científicos marcianos descubren vida inteligente fuera del planeta rojo.

Promediando la tarde del jueves, Quique llamó a la casa de Arturo y, como no lo atendió, dejó un mensaje en el contestador. Posteriormente, volvió a hablar por teléfono.

- Gallo, ¿cómo le va? Le habla Guglielminetto.
- ¿Guglielminetto? –interrogó la voz al otro lado del teléfono.
- Soy el pintor. –aclaró Quique.
- ¡Ah! Perdón, ¿cómo está usted? ¿Arranca el lunes con el frente? –inquirió el hombre.
- Bien, de eso quería hablarle. ¿Usted tiene algún inconveniente en que lo posterguemos un par de semanitas?
- Y... lo quiero hacer cuanto antes. ¿Qué pasa? ¿Hay pronóstico de lluvias?
- No es eso Gallo. Lo que pasa es que tengo un asunto que atender y me va a llevar algún tiempo, ¿sabe? Por eso le quería pedir si lo podíamos postergar unos días. No mucho. Dos semanas solamente. Yo me acomodo y después le hago el trabajo.
- Y... no sé.
- Le prometo que para el primero estoy arrancando a preparar la pared. – aclaró Quique.
- Bueno. Está bien. Pero si no arranca para esa fecha, lamentablemente voy a tener que buscar otro. –explicó el hombre.
- Quedamos así. El primero sin falta estoy ahí. –afirmó Quique- Hasta luego.
- De acuerdo. Adiós. –dijo la voz.

Quique decidió darse una ducha. Mientras lo hacía pudo escuchar que sonaba el teléfono. Quién será, se preguntó con curiosidad por saber. Terminó de bañarse bastante rápido, máxime teniendo en cuenta que había prescindido del uso de champú desde que se le había comenzado a caer el cabello, varios años atrás. Cuando terminó se vistió con un pantalón negro y, sobre una camiseta blanca, se puso un suéter también negro. Se puso las zapatillas y fue hasta el teléfono para revisar su contestador.

- Quique, te habla Clara, de Asuntos Espaciales. El Secretario General desea comunicarse con vos. Llamá que te comunico con él. Un beso. – decía la dulce voz de la asistente del Secretario General de Asuntos Espaciales en el contestador de Quique.

Sin dejar pasar el tiempo, Quique llamó. Inmediatamente la voz de Clara no se hizo esperar.

- Asuntos Espaciales, ¿Quién habla?

- Hola Clara, soy Quique. Enrique Guglielminetto. ¿Vos me llamaste? –
inquirió Quique como para pasar al asunto que le competía.

- Quique. Sí, te llamé porque el Secretario General tiene que hablar con vos.
Pará que veo si te puede atender ahora. –Hubo un breve silencio en la
comunicación, luego la asistente volvió a hablar- Ahí te paso la llamada.

- Gracias corazón. –dijo Quique.

- ¡Guglielminetto! –la voz del Secretario General zumbó en el oído de
Quique- Le tengo malas noticias.

- No me diga...

- Le digo. Y le digo más: bastante malas.

- Bueno, cuénteme. ¿No pudo hacer nada? –cuestionó Quique desanimado.

- No podemos hacer nada, Guglielminetto. Lamentablemente el artículo
27.214 no es aplicable en este caso porque la suya es una protección
asistida no vinculante.

- ¿Qué quiere decir Estévez? –inquirió Quique.

- Que no sirve para reducir el costo de una extensión de la protección. No lo
podemos usar según los asistentes legales con los que pude consultar. –
explicó el Secretario General de Asuntos Espaciales.

- ¡Qué cagada! –exclamó con resignación Quique.

- Lamentable, digamos.

- Sí. ¿Pero no hay forma de que pueda pagar menos? Aunque sea menos
días de protección, no importa. Es lo de menos. Necesito comprar tiempo,
Estévez.

- Entiendo Guglielminetto, pero es todo lo que puedo hacer por usted. ¿No
pensó en pedir algún préstamo? En estos casos siempre algún amigo
puede dar una mano. Teniendo en cuenta su crítica situación...

- Mis amigos son más secos que yo. ¿Al gobierno no le interesa lo que me
pueda pasar? ¿No piensan en sus ciudadanos?

- Tenemos en cuenta su caso y lo vigilamos con celo, Guglielminetto. Pero
no por ello podemos dejar de respetar las leyes que nosotros mismos
dictamos, sería una vergüenza.

- ¿Qué le hace una mancha más al tigre? –argumentó Quique.

- Lo siento Guglielminetto. Si quiere protección la va a tener que costear.

- Bueno, gracias de todas formas. Veré qué hago. –explicó Quique.
- Hasta luego. –se despidió el Secretario General.

La publicidad es un método comercial que intenta fomentar el consumo de productos y/o servicios mediante el uso de la propaganda a través de distintos medios de comunicación. Mediante la diferenciación con otras marcas, un producto es publicitado informando al consumidor los diversos beneficios de su consumo. Un anuncio publicitario busca modificar o fortalecer el hábito de consumo de la gente mediante todo tipo de mensajes y a través de la repetitividad. La publicidad es una forma de comunicación que no necesariamente explicita la veracidad en sus anuncios. Éstos recurren a cientos de técnicas psicológicas tendientes a favorecer la demanda de lo que pautan. En televisión, radio e internet, los avisos publicitarios comúnmente emplean algún tipo de musicalización en ellos con el fin –entre otros- de generar un efecto directo y duradero de lo que venden, para asentarlo en la memoria del oyente. De esta manera, un anuncio puede estar compuesto por una canción o acompañado por ella, que puede ser conocida u estar compuesta exclusivamente para la publicidad. Al anuncio publicitario de este tipo también lo pueden acompañar ciertos sonidos que llamen la atención del oyente. Por su parte, la ética es parte de la filosofía que se ocupa de la moral y el deber del hombre. En publicidad, la ética indica que quienes la realizan no deben utilizar métodos engañosos ni técnicas nocivas para vender sus productos. Nadie sabe dónde buscar la verdad. No obstante, el uso de ultrasonido y el abuso de la mentira en pautas publicitarias es una realidad.

Había entrado en un quiosco que exhibía un cartel de Beldent y pidió una Pepsi. De paso, se compró un paquete de papas Lays y un atado de cigarrillos Phillip Morris de veinte y un encendedor Bic (Al que tenía le había saltado la piedra y lo tiró. Su reparación superaba el costo de comprar uno nuevo). Sacó la billetera de su Levis y pagó. Se sentó en el umbral al salir y comió con fruición las papas fritas. Ese día no había almorzado. Vio que un muchacho en bicicleta Shimano con un bolso de OCA entregaba una carta certificada y luego el destinatario firmó con una birome Faber en la planilla acreditando haber recibido la misma. Arturo observó que de un camión Scania repleto, unos jóvenes que calzaban zapatillas Topper descargaban cajones de cerveza Quilmes. En ese momento, al beber la gaseosa sintió un sabor raro en su boca y pensó en su encuentro la noche

anterior con Gladys. Observó cómo una señora con un paquete de pañuelos Elite en su mano discutía con su marido y éste, fumando un cigarrillo Camel, no se quedaba atrás en la disputa. Casi en el mismo momento, un hombre desde su automóvil, un Renault Sandero modelo 2014, le propinaba insultos a un motociclista que se desplazaba ágilmente en una Yamaha YBR250, quien esquivaba a su vez a un repartidor del diario La Nación. Arturo pensó: cada persona es un mundo. En ese momento, sonaba su Personal.

Cuando Arturo llegó a su casa, encontró una nota pegada en la puerta de la misma con cinta adhesiva. Levantó el papel y leyó:

Anoche qué bien la pasamos
muy lindo nos divertimos.
Dulcemente nos encontramos
así tan fugaz, ¿repetimos?

Ingresó a la vivienda recordando aquél encuentro de la noche anterior. Abrió la heladera y la encontró casi vacía, a excepción de una botella con leche por la mitad, medio limón y un sachet de mayonesa abierto. Extrajo de allí la botella con leche para prepararse un café con ello. Arturo tenía hambre y las papas no habían sido lo suficientemente nutritivas como para dejar de sentir esa dolencia en su estómago. Tomó el café con leche y, cuando no lo había terminado, escuchó que sonaba el timbre. Miró por la mirilla de la puerta y pudo observar a un hombre de cabello gris y sombrero negro al otro lado.

- ¿Quién es? –preguntó Arturo sin abrir.

- Trecktor. Stan Trecktor. –dijo el hombre plantado frente a la puerta.

Arturo abrió la puerta.

- Buenas tardes, señor Peronelli. –saludó el hombre- Vengo a hablar con usted unas pocas palabras. ¿Puedo pasar?

- ¿De qué se trata? –inquirió Arturo sin moverse de la puerta.

- Verá. Creemos que usted puede sernos de alguna utilidad y por eso consideramos conveniente concertar una entrevista.

- ¿Una entrevista? ¿Es periodista? –cuestionó Arturo.

- No, en realidad. Nosotros somos un círculo de científicos y estamos estudiando aplicaciones para nuevas tecnologías, especialmente en música. Consideramos que usted puede colaborar con nuestras investigaciones.

- De música sé muy poco. Casi nada. ¿En qué les puedo servir a ustedes?

- Bueno, usted es el presidente de un club de fans de Kapanga. Debe conocer su música de memoria, imaginamos.

- Bueno, sí. ¿Cómo obtuvieron el dato? –preguntó Arturo con algo de sorpresa.

- Nos lo dio Balde. El grupo está colaborando con nuestra investigación y va a ser el primero en utilizar nuestra tecnología aplicada en música. –mintió Trecktor.

- Qué pena que ya no está en el grupo. –aclaró Arturo.
- Bien, ¿podemos contar con su colaboración? Queremos saber sus opiniones al respecto.
- Bueno, sí. No veo que les pueda servir de mucho lo que pueda opinar.
- Usted despreocúpese. Es un breve cuestionario que le harán nuestros científicos para mejorar nuestra incursión en dicha rama del arte. –explicó Trecktor.
- De acuerdo. ¿Cuándo será la entrevista? –inquirió Arturo.
- Esta noche, no tenemos demasiado tiempo que perder. A las 21 horas, si le parece. Aquí le dejo la dirección.

Trecktor sacó una tarjeta de uno de los bolsillos de su abrigo. Arturo la leyó. Tenía una sigla inscrita: C.O.M.O.; y una dirección debajo: Humboldt 2317 2º piso. Trecktor se despidió y Arturo cerró la puerta. Cuando Arturo regresó al comedor, observó que sobre la taza había una mosca revoloteando. La espantó con su mano con tanta vehemencia que golpeó la taza y ésta rodó por la mesa, volcando el poco líquido que quedaba en ella. Rápidamente, tomó una rejilla y limpió lo que allí se había derramado. Tras esto, revisó los mensajes en su contestador. En el primero escuchó la voz de Quique, pero no entendió lo que éste le decía. Escuchó el segundo y pudo apreciar la voz de Gladys que decía: Hola Arturo, pasé esta mañana por tu casa y te dejé una nota, ¿la encontraste? Si quieres, esta noche podemos ir a tomar algo. Él sigue de viaje. Llámame. Tenía un tercer mensaje que no escuchó en ese momento pues el recuerdo de la noche con Gladys lo estremeció.

Arturo encendió el equipo de música, colocó en él el compact pirata de Operación Rebenque y con el control remoto adelantó al tema número nueve. En seguida, él cantaba la canción acompañando la música de Kapanga:

Ya nada está perdido,
todo tiene sentido,
nuevo latir,
nuevo sentir.

En el ecuador de Marte está ubicada la cordillera Tharsis, donde hay enormes volcanes. En ella, el Olympus Mons es el volcán más grande y, casi con seguridad, el más alto de toda la galaxia. Su base tiene más de 500 kilómetros de diámetro y emerge casi 25 kilómetros sobre el nivel de

suelo. Este volcán no posee grandes zonas de grietas. Algunos ríos de lava alcanzan un largo de cientos de kilómetros sobre la llanura marciana. Por su parte, el valle Marineris es una gran fractura extendida fuera del escudo de Tharsis.

Hoy, el destino
me marca un camino
y ese sendero
me lleva hacia vos.

Cantaba Arturo con la melodía de fondo. Llamó inmediatamente a Gladys. Ella lo atendió con voz cansina.

- Hola Gladys, recibí la nota que me dejaste en la puerta.
- ¿Sí? ¿Qué tenés que hacer esta noche? –preguntó alzando la voz Gladys.
- A las nueve me encuentro con unos científicos que me quieren hacer una entrevista. –explicó Arturo.
- ¿Científicos?
- Sí, es porque quieren utilizar algún tipo de tecnología en música, empezando con Kapanga, y como estoy metido con lo del club de fan quieren saber qué me parece.
- ¿Y qué te parece? –interrogó Gladys.
- Para empezar, no sé ni de qué se trata. –aclaró Arturo.
- Y decime, ¿esto no tiene que ver con lo que te decía Quique, eso del uso de ultrasonido? ¿De dónde son los científicos? –inquirió Gladys.
- ¿Qué se yo de dónde son? Vaya pregunta. No me digas que vos también te creés las huevadas de las que habla Quique. Mirá, Quique tiene un pedo galáctico en la cabeza, no hay que darle bola. Vos le seguís la corriente y después, cansado, se le pasa.
- No sé, a mí me da qué pensar...
- Hay tanto en lo que pensar que seguirlo a Quique es dejar pasar la oportunidad de hacerlo en algo más fructífero. Pensá en esta noche, por ejemplo. Después de la entrevista si querés nos podemos encontrar para tomar algo.
- Dale. ¿A qué hora nos vemos?
- Cuando termino te llamo. Vos estate lista para las diez que en cuanto me largan los científicos te paso a buscar.
- Entonces, ¿repetimos lo de anoche? –preguntó con vos sensual Gladys.
- Estuvo bien, ¿no?

- ¿Bien? ¡Muy bien! –exclamó Gladys.
- Un beso. Te llamo cuando termino con la entrevista.
- Chau Arturo.

En su casa, Quique había sacado de un cajón, escondido en un par de medias con el escudo de Racing enrolladas, un sobre con dinero. Entre billetes de cien en su mayoría, y algunos con el rostro de Sarmiento, alcanzó a contar 11.250 pesos. Además, tenía un billete de cien dólares. Con esto no hago nada, pensó Quique. Se le ocurrió que podía llegar a pedirle plata a Arturo, pero conociendo la situación económica por la que pasaba lo descartó de plano. En ese momento, pensó que tal vez podía recibir el dinero que necesitaba para extender la protección dada por el gobierno de parte de alguien que conocía el tema que lo había llevado a meterse en tal situación tan bien como él. O mejor aún que él: Ramsés. Y rápidamente le escribió un correo electrónico. En el asunto colocó: Urgente. Luego, firme frente a la computadora, redactó el correo.

Ramsés:

No quiero que pienses que te quiero garronear, pero estoy en una situación crítica. Temo por mi vida actual y necesito pedirte algo. ¿Tenés ocho lucas para prestarme?

6.5

Ya en el taller, Quique esperaba que le entregaran el auto. El mecánico hablaba airadamente con un cliente y Quique lo vio tan enfurecido que no quiso interrumpir. Esperó pacientemente que la discusión entrara en canales de desarrollo más pacíficos, cuestión que ocurrió luego de unos minutos, cuando el cliente se serenó pues el mecánico prometió que le volvería a revisar su automóvil, por lo que pudo escuchar Quique. Una vez que se retiró aquél, Quique habló con el mecánico y éste le explicó que el auto estaba otra vez en condiciones aptas para circular pero, a su vez, le aconsejó que lo vendiera pronto pues debería hacerle el motor. En pocas palabras, le dijo: sacate un problema de encima. Quique tenía el 147 verde desde hacía más de una década y, aconsejado por el mecánico, ya pensaba en ponerlo en venta, pero temía tener que volver a manejarse en colectivos mientras tanto comprara otro automóvil. El mecánico puso en marcha el motor del auto y lo aceleró para explicarle que por un sonido metálico que hacía al andar se podía sospechar de alguna anomalía en el motor, y que por ello debía sacárselo de encima “cuanto antes”, o en su defecto hacerle el motor, cuestión que Quique descartó por carecer del dinero para ello. Una vez en el auto, Quique circulaba con precaución sin acelerarlo demasiado. Esto le costó el insulto de más de un automovilista que, justifiquemos, andaban con prisa.

Un equipo que se utiliza en tratamiento de fisioterapia es el de ultrasonido. El ultrasonido no transmite cambios de sensaciones inmediatas, como las aplicaciones de frío o calor. El ultrasonido tiene usos y efectos comprobados. El equipo de ultrasonido transfiere ondas de mayor frecuencia que las del sonido, a través de un gel que permite su propagación y la transmisión de energía, gracias a la vibración que producen dichas ondas. Con la vibración, se produce un movimiento circular que mejora la cicatrización. A mayor frecuencia, el ultrasonido se absorbe más rápidamente. La longitud de onda en un haz de ultrasonido es la distancia que existe entre dos planos inmediatos de partículas del medio que estuvieren en el mismo estado de movimiento. Por su parte, la velocidad de propagación de un haz de ultrasonido a través de diversas sustancias es muy variable. Por ejemplo, en el cerebro alcanza unos 1,5 metros por segundo, mientras que por el aire, son 340 metros por segundo.

Arturo revisaba una computadora, mientras de fondo se escuchaba la música de Luis Miguel. A doña Celina le encantaba Luis Miguel; Arturo odiaba su música, pero estaba acostumbrado cada vez que le tocaba pasar por su casa a tener que bancarse, como buen profesional, esos menesteres. Son gajes del oficio, decía minimizando la magnitud del problema. Sin embargo el problema en la computadora de doña Celina no era menor. Un virus se había propagado por la misma, dañando los archivos ejecutables y doña Celina no quería saber nada con tener que formatear la máquina. Si no me hace como quiero –dijo doña Celina con carácter inapelable- no se preocupe que llamo a otro técnico. Y Arturo necesitaba la plata, por eso se amilanaba y seguía escuchando Luis Miguel mientras se rompía la cabeza para limpiar el rastro dejado por el virus. En sus pensamientos, revoloteaban diversas preguntas, como ser: ¿Cómo puede escuchar esto?; ¿será sorda doña Celina?; ¿A quién se le ocurre abrir un ejecutable de un correo desconocido?; ¿Por qué no estudié administración de empresas?; ¿Habrá virus más hijoeputa que éste?; y varias más. Pero se quedó con la idea simple de que doña Celina, con muy poco (la música de su artista preferido como compañía) era feliz. Y eso le dio ánimo suficiente para terminar con la limpieza de la computadora durante la mañana.

Al pasar por la estación de servicio, Quique, tras cargar gasoil en su automóvil, decidió tomarse un café en el minibar. Mientras lo hacía, leyó en el periódico varias noticias de actualidad, entre ellas dio su atención a un atentado en París, que sólo había dejado gente malherida. Luego, al leer en la sección de deportes, pudo saber que Héctor “Tolo” Aristimuño, el delantero más letal –fútbolísticamente hablando- que había tenido Racing en los últimos años, se había lesionado en el entrenamiento y no estaría presente en el partido del viernes, frente a Riestra, por el torneo argentino. Quique lo lamentó, pero se consoló al leer que tal vez lo reemplazaría quien regresaba después de varias fechas por problemas familiares (se decía que su mujer había caído en el alcohol y la había tenido que internar y, además, uno de sus hijos estaba en tratamiento juvenil por adicción a la marihuana; por si fuera poco, su madre sufría de depresión y un hermano tenía frecuentes ataques de pánico; entonces, teniendo que acompañarlos había pedido licencia en el club) el querido Mario “Porrón” Terracotta. Si juega Porrón podemos ganar, decía Quique, aunque Riestra viene puntero y con seis puntos salen campeones, estos guachos. La esperanza es lo último que se pierde, recordó Quique. Luego, leyó el horóscopo perteneciente al

signo de Aries, si bien Quique no daba mayor importancia a sus dictámenes lo hacía por curiosidad: Alguna información relevante puede llegar a tí a través de algún medio. Tus propias revelaciones pueden resultar muy valiosas para aumentar la comprensión de lo que lees. Para mañana, el amor puede darte una sorpresa. Económicamente todo tiende al declive: el dinero que esperabas recibir no llegará. Semana propicia para dedicarse a los juegos de azar. ¡Estás de suerte! Quique se alegró un poco por la última sentencia del horóscopo que leyó y, pensó, podía ir al casino de Mar de Plata cuando haya resuelto la condición que lo apremiaba. Recordó las palabras de Trecktor, esa mañana en su casa, incitándolo a abandonar los estudios con respecto al uso de ultrasonido. Recordó que Trecktor le había dejado un contrato para firmar, en el que Quique se comprometía a renunciar al estudio del tema y la comunidad científica marciana lo declaraba “de nulo interés” por lo que dejarían de procurar raptarlo, acabando Quique con sus preocupaciones al respecto. Pero Quique sentía todavía un deber moral, sobre todo pensando en sus conciudadanos: el uso de ultrasonido en música podía afectar de manera contundente la vida cotidiana de sus coterráneos; la tranquilidad y la paz estaban amenazadas; el normal desarrollo de los sucesos en su tierra estaba comprometido; la manipulación de la verdad podía acabar con la política actual; los políticos podían ser sospechados, luego de tantos años en los que gozaban de buena reputación, de recurrir arteramente a mentiras en sus campañas para llegar al poder. La disyuntiva en la que Quique se encontraba lo hacía pensar. Tampoco quería terminar con su carácter curioso que lo había llevado a conocer las investigaciones que estaban llevando a cabo los científicos de Marte. Quique estaba tan cerca de arribar a la verdad del tema que dar un paso al costado lo dejaría con las manos vacías. Todavía le quedaba tiempo para pensar hasta el mediodía del viernes, momento en el cual o bien abandonaba el estudio o extendía la protección dada por el gobierno. Para ello esperaba juntar el dinero que le hacía falta. También le quedaba como opción tomar asilo en Plutón.

Cuando se fue de la estación de servicio, pasó por una agencia de quiniela y apostó doscientos pesos al 23, en la quiniela nocturna de ese día. El joven que lo atendió marcó erróneamente el número 22. Quique guardó la boleta sin tomar nota del error.

5.5

La canción sonaba en la computadora de Quique. Luego de tomar la aspirina regresó al comedor. Trecktor bebía un sorbo de café.

Sabes que eres mi anhelo
suave como terciopelo
eres tú con quien hoy sueño
déjame que sea tu dueño.

-¿Qué le parece? –preguntó Stan Trecktor.

-Más de lo mismo. –argumentó Quique desinteresado.

-¿Nota algo diferente?

-Nada. ¿Se empleó ultrasonido en esta canción?

-Así es.

-No me doy cuenta. –dijo Quique.

-Nadie podría notarlo, excepto nuestros científicos.

-¿Y los efectos que causa?

-De momento son breves, pero explosivos. Irrumpen en los pensamientos de los oyentes. No es la letra de la canción. Tampoco lo es la música. Es lo que ellos no oyen lo que determina los efectos.

-¿Y por qué la música? ¿No se puede utilizar otros métodos para llegar a lo que desean? –inquirió Quique.

-Hay músicos que por dinero son capaces de cualquier cosa. Para nosotros la música tiene un alcance enorme que, aunque es limitado, es un buen comienzo para llevar adelante lo que queremos.

-Pero la verdad puede ser no aceptable para muchos. –esgrimió Quique perspicaz.

-Es cierto. Pero nosotros no vamos a revelar la verdad mediante la música. Queremos que quienes la oigan sientan en su fuero íntimo el deseo de buscarla. No es tolerable la política que se lleva adelante en la Tierra de la manera en que viene siendo practicada.-

-¿Por qué? –cuestionó Quique curioso.

-El hombre debe llegar a estar harto de tanto engaño en la sociedad y debe encausar su desazón hacia pensamientos más elevados. La búsqueda, consideramos, los puede inspirar. El uso de ultrasonido es una vía de la que nadie debe saber, pero de la que todos obtendrán sus beneficios. ¿No le

parece que nuestra labor es noble?

-Viéndolo de esa forma, creo que sí. –dijo Quique.

Cuando Arturo golpeó la puerta de la casa del señor Amaya, observó que su reloj indicaba las ocho y media. A las diez había quedado en pasar por casa de doña Celina. Tenía el tiempo justo para actualizar el antivirus de la computadora del señor Amaya y para ordenarle los correos. El señor Amaya le había pedido que, una vez más como era su costumbre, Arturo le ordenara la bandeja de entrada.

- Buen día, Arturo. Adelante. –Saludó.

- Hola Amaya. ¿Cómo está usted? –interrogó al pasar Arturo.

- Bien, muy bien, por suerte. –argumentó Amaya- ¿Viene a ver al paciente?

- Efectivamente. –replicó Arturo, haciendo referencia a la computadora del señor Amaya.

- Adelante. Está donde siempre.

Puso manos(y pensamiento) a la obra. El antivirus había caducado y debía instalarle uno nuevo. Las empresas que lo desarrollaban siempre tenían que ingeniársela para generar sus ingresos. El desarrollo de distintos virus era inherente al uso de computadoras por lo que había que ser precavidos.

Mientras actualizaba el antivirus, Arturo ordenó la bandeja de entrada del correo del señor Amaya como a él le gustaba. Tenía distintas carpetas, organizadas según destinatario, algunas, y según asuntos, otras, por lo que Arturo no podía hacerlo automáticamente. Debía tener cierto criterio que hacía necesaria su presencia frente a la máquina. Arturo, para hacer más ameno el momento de trabajo, puso música en su teléfono. Con Kapanga de fondo, el trabajo se le hizo menos pesado. Al menos Arturo lo consideraba así. La mano sobre el mouse era su pasatiempo. La música en sus oídos acariciaba sus sentimientos.

Durante su mayor aproximación, Marte se acerca a casi 60 millones de kilómetros de la Tierra, y se la puede observar más brillante que cualquier otra estrella o planeta, a excepción de Venus. También llama su atención por su color rojo intenso, que le valió el nombre de dios de la guerra. La órbita marciana es más excéntrica que la Tierra. Para observarla, es preferente hacerlo cuando Marte se encuentra en oposición y cerca de perihelio al mismo tiempo. La inclinación axial marciana es casi la misma que la de la Tierra, por lo que las estaciones son iguales, aunque por supuesto más largas. Sin embargo, la diferencia de climas entre hemisferios

es muy marcada. Los veranos del sur son más cortos y cálidos que los del norte, al tiempo que los inviernos son más largos y fríos.

-Qué fría es su casa. –dijo Trecktor.

-Tiene los techos muy elevados, cuesta calentarla. Si quiere puedo subir el calefactor. –explicó Quique.

-Deje. No se preocupe. Era sólo una observación. Lo puedo tolerar. – esgrimió Stan Trecktor.

La música en la computadora de Quique seguía sonando. Quique se tomaba la cabeza.

Suave como terciopelo,
si mueres hago el duelo
pero debes saber primero
si te vas contigo muero.

-Nosotros no somos como sus científicos, Guglielminetto. –agregó Trecktor- Ellos tienen otras... motivaciones.

- ¿Por qué será? –inquirió con curiosidad Quique.

- En la Tierra, la ciencia no está despegada de ciertos intereses. Éstos normalmente aluden a cuestiones de índole política en muchos casos y, en los restantes, obedecen a intereses comerciales. Así, los científicos no cuentan con la libertad que el conocimiento merece para que les sea revelado.

Stan Trecktor terminó su café. Empuñó el arma y la observó de un lado y del otro.

-Nosotros encontramos satisfacción en el conocimiento. Para ellos es objetivo, mientras que nosotros decimos que brota de cada ser.

- Se han descubierto asuntos muy importantes los últimos tiempos. – esgrimió Quique para no quedarse atrás.

- Muchos estudian la historia de la materia; para nosotros, no obstante, la historia puede explicar, pero no siempre aclara. –Argumentó Trecktor dejando el revólver nuevamente sobre la mesa- La historia viene y va. Avanza, retrocede, y vuelve a avanzar. Como en ficciones. No damos mayor relevancia a la historia de las cosas sino que consideramos de mayor importancia lo que ella revela, no la historia en sí.

Quique lo observó con atención. Trecktor se había quedado inmóvil. La música había terminado. Trecktor sacó un sobre donde tenía un contrato para que Quique firmara renunciando a sus estudios concernientes al uso de ultrasonido en producciones discográficas. Trecktor añadió.

-Varios derrochan energía buscando el origen; para nosotros, cada hombre en cualquier lugar de la galaxia es el origen. –Luego dijo:- Aquí tiene el contrato para firmar. Si deja todo aquí, nos olvidaremos de usted.

Quique extrajo el pendrive del puerto de la computadora y se lo entregó a Trecktor. Éste lo colocó nuevamente en la culata del 22. Dejó el contrato que Quique apenas observó. Le abrió la puerta y Stan Trecktor se detuvo frente a ella, dio media vuelta y se quitó el sombrero. Miró fijo a Quique y añadió:

-Desde el punto de vista empírico, en el análisis final, todo se reduce a nada. –Hizo una pausa y agregó:- No corra riesgos innecesarios. Sus amigos lo van a extrañar.

Luego de cerrar la puerta, Quique se quedó pensativo recorriendo el comedor. De algo estaba seguro: su dolor de cabeza había desaparecido.

Entrada la noche del jueves, Arturo fue hasta la calle Humboldt al 2300 en su peugeot blanco que contrastaba con la oscuridad de la penumbra. Mientras maniobraba para estacionar, un neumático golpeó contra el cordón cuneta y se reventó. Arturo lo lamentó amargamente, pero no tenía tiempo de cambiarlo en ese momento por lo que lo dejó y se fue hasta donde los científicos lo estaban esperando. Tocó el portero y se identificó. Una voz femenina le dijo que abriera la puerta y que suba al segundo piso, que lo estaban esperando. Arturo llamó al ascensor presionando el botón destinado a tal fin y cuando éste llegó, se subió. Presionó el botón que lo subiría al segundo piso. Cuando llegó, abrió la puerta y una muchacha de tez trigueña, ojos verdes y cabello negro recogido lo estaba esperando.

- ¿Arturo Peronelli?
- Efectivamente. –asintió Arturo.
- Venga conmigo, lo están esperando. –repitió la joven.

Camaron por un pasillo largo hasta una puerta en la que se leía nuevamente la sigla C.O.M.O. La joven golpeó y se oyó una voz que decía: pase. Entraron ambos y Arturo observó que alrededor de una mesa redonda había tres hombres sentados. Vestían guardapolvos verdes los tres. Sobre una pared, un reloj indicaba que eran las nueve y cinco.

- Aquí está el señor Peronelli. –informó la mujer.
- Adelante, adelante. Tome asiento, señor Peronelli. –dijo el hombre sentado en el medio de los otros dos.

El que estaba sentado a la izquierda, desde la perspectiva de Arturo, llevaba unos lentes muy gruesos que distorsionaban la forma de sus ojos grises. En un bolsillo de su guardapolvos, tenía varias lapiceras de distintos colores y se podía observar también una regla que sobresalía del mismo superando la altura de las lapiceras. El hombre sentado al medio, rubio de barba muy tupida igualmente rubia, hacía un cómputo en una calculadora china mientras Arturo se sentaba. El restante científico, el más joven de los tres, se despedía hablando por teléfono. Cuando Arturo se sentó, éste último le acercó un vaso con agua que dejó sobre la mesa, delante de él.

- Gracias por colaborar, señor Peronelli. –dijo uno de ellos.
- Espero que le pueda servir de algo lo que sé. –explicó Arturo.
- Seguramente, seguramente. –replicó el científico.

- Bien, si le parece, le haremos un breve cuestionario para la investigación que estamos llevando adelante. –dijo el hombre sentado al medio.
- Sí, no hay problema. Para eso vine.
- Primero queremos saber qué le parece uno de sus últimos discos de Kapanga. Lima.
- Muy bueno. Siempre fiel a un estilo que ha llevado al grupo a ser reconocido hasta por sus detractores. No marcará un antes y un después de nada, pero sigue una línea en su música que contagia la alegría característica del grupo que desde sus inicios no han abandonado.
- Es un buen disco, ¿verdad? ¿Por qué cree que el grupo no tiene tanta difusión en radios del país? –inquirió el científico más joven.
- Todo es plata en este mundo. –argumentó Arturo brevemente.
- ¿Qué piensa con respecto a la noticia que le han dado de que el grupo piensa hacer uso de nuevas tecnologías en sus melodías? –preguntó el científico de lentes.
- Bueno, no sé mucho al respecto. No estoy en contra de que quieran incorporar nuevos instrumentos al grupo.
- Bueno... en realidad no se trata de nuevos instrumentos, propiamente dichos, sino de la utilización de electrónica de avanzada. –agregó el científico de lentes.
- No me opongo. Aunque lo mejor del grupo no es proporcionado por la tecnología que utilicen sino por lo que sus integrantes aportan en su obra. –argumentó Arturo.
- ¿Y del uso de ultrasonido? ¿Qué piensa? –cuestionó el científico sentado al medio.
- ¡¿Ultrasonido?! –Arturo pensó en las palabras de Quique. Había empezado a sospechar de aquél grupo de científicos. Luego, preguntó:- ¿De qué utilidad es el uso de algo inaudible en elementos audibles? Suena absurdo. –argumentó.
- El uso de ultrasonido tiene varios objetivos. Se lo puede contrastar con lo que el cantante dice, haciendo los silencios más intensos. Además, entre cada nota dada por las guitarras hay un espacio que el ultrasonido puede llegar a llenar más armoniosamente. –explicó el científico observando a Arturo detrás de los gruesos lentes.
- La verdad que no sé nada del tema. Perdonen, ¿les puedo hacer una pregunta ahora? –inquirió Arturo.
- Sí, cómo no. –dijo el más veterano.

- ¿Qué significa C.O.M.O.?
- Es la sigla de Científicos Organizados para una Marte Omnisciente.
- ¿Marte omnisciente? Pero... ¿cómo? ¿Hay vida en Marte?
- Su pregunta es irrisoria, Peronelli. Es como preguntar, ¿existe el amor? El amor no es un fenómeno que usted pueda señalar; desde esa perspectiva, se puede decir que no existe. Sin embargo, la manifestación entera está cargada de él: una madre que cobija a su hijo; un perro buscando a su amo; los jóvenes en plena faena sexual; una leona que alimenta a sus crías; ¿Quién lo puede negar? Entonces, ¿existe? Hay algo erróneo en la misma pregunta por lo cual desde ese nivel no puede ser respondida.
- Creo que entiendo lo que me dice. Aunque ustedes viven aquí, su origen puede estar muy lejos.
- Exactamente Peronelli. Usted ha dado en el blanco. –esgrimió el hombre sentado en el medio.
- Peronelli, creo que no lo vamos a necesitar más por ahora. –dijo el científico de lentes- Puede retirarse.
- ¿Es todo? –inquirió Arturo.
- Así es. Gracias por su colaboración. –agregó el científico de gruesos lentes.
- Bueno, adiós.

Quique miraba en la televisión el sorteo de la quiniela. Antes había revisado con ansiedad los correos electrónicos. El que esperaba sobre todo con mayor impaciencia era la respuesta de Ramsés. Esta no se había hecho esperar: No. Era todo lo que le respondió. Ni siquiera se excusó por no poderlo ayudar a Quique. Sobre una estampita de un santo en la mesa, había prendido una vela roja, deseando la suerte no le fuera esquiva. Luego de varias bolillas, el haz de luz de la televisión mostró que el número favorecido era el 22. Quique no lo podía creer. ¡Otra vez pega en el palo!, exclamó.

Arturo salió de las oficinas de calle Humboldt y luego bajó por el ascensor. La misma mujer que le había abierto las puertas para entrar, ahora lo acompañaba a salir. Arturo observó sus ojos verdes y pensó en los científicos inmediatamente.

- ¿Vos de dónde sos? –le preguntó de sopetón con curiosidad infantil.
- Tandil. –dijo la muchacha.
- ¡Ah! –dijo Arturo.

Al salir, Arturo vio el neumático que necesitaba ser reemplazado. Como le llevaría unos minutos, consideró que debía llamar a Gladys para tenerla al tanto. No eran las nueve y media, por lo que tenía tiempo para recogerla en el horario que había preacordado. No obstante, la llamó:

- Gladys, se me pinchó una goma. La cambio y estoy con vos.

- ¡Pará, Arturo! —exclamó Gladys al otro lado del teléfono.

-¿Qué pasa? —preguntó Arturo.

- Está volviendo. No nos vamos a poder ver. Demian vuelve en un rato. A las once llega.

Esa mañana del viernes 15, Quique tras pensarlo con la almohada –había logrado conciliar el sueño luego de varias noches sin dormir-, resolvía dejar su investigación de los estudios que Marte llevaba adelante con respecto al uso de ultrasonido en música. En su casa, Trecktor había llevado un escribano para certificar las firmas.

- Vamos, Guglieminetto. Acabe con este asunto. –le dijo viéndolo dubitativo frente al contrato a Quique.

Quique dudó. Tomó la birome y estampó la firma.

- ¡Bravo! –exclamó Trecktor. Y luego él firmó también.

Luego, el escribano le dio el toque final al acto, certificando. Quique se despidió de Stan Trecktor con un apretón de manos. Saludó al escribano y cerró la puerta. Se sentó fatigado pensando que todo había terminado, sin saber si había procedido de la mejor forma.

-¿Peronelli? –le preguntaron cuatro hombres vestidos de traje gris a Arturo, interceptándolo en un semáforo mientras, conduciendo para asistir a un cliente, se le había parado el motor.

- Sí, ¿qué pasa? –dijo Arturo.

-Venga con nosotros. –dijo uno de ellos abriendo la puerta del viejo peugeot.

Cuando Arturo quiso dar marcha al auto para huir, el 504 se plantó y Arturo maldijo que le haya vuelto a fallar en un momento como ese. Los hombres lo subieron a un furgón, atándole las manos detrás de la espalda. Arturo no ofreció demasiada resistencia. Además, le habían vendado los ojos con un trapo negro. Arturo sólo escuchaba el ruido proporcionado por el tránsito. Suponía que los cuatro hombres estarían en el vehículo que lo transportaba, pero el silencio en el mismo era notorio. En un momento preguntó a dónde lo llevaban, pero no recibió respuesta alguna. Al rato volvía insistir con idénticos resultados. Luego de un tiempo viajando, lo hicieron caminar por un camino que Arturo identificó como pedregoso. Subió unas escaleras y lo condujeron a una habitación en la que permaneció por largas horas ese día.

Por la tarde, como era su costumbre, Quique se dio una ducha. Al terminar, se vistió con un pantalón vaquero y la camiseta de Racing. Ya estaba en el clima de la previa al partido de esa noche. Puso la ropa que tenía para lavar

en el lavarropas. Sin darse cuenta por no haberlo revisado previamente, en un bolsillo estaba la boleta con el número 22. Dejaba pasar la suerte que incidentalmente lo había tocado. A veces bromista, como esquivando al destino, contrastante, por momentos la suerte es otra cosa.

Gladys esperaba semidesnuda la llegada. Vestía una blusa blanca, bombacha del mismo color y no llevaba corpiño. Observó su celular y el mismo mostraba que eran las 20:45 horas. Pensó en llamarlo, pero fue paciente y esperó. A los cinco minutos, Demian Ortigoza golpeaba la puerta. Gladys lo recibió con un abrazo y besándolo.

- Tomá, son para vos. –dijo Demian extendiéndole un ramo de flores blancas. Y agregó:- Lo blanco simboliza la pureza que hay en tu corazón.

Gladys se emocionó y una lágrima rodó por su mejilla. Volvió a besarlo. Le agradeció. Luego Demian agregó:

- Traje algo para que nos divirtamos. –dijo mostrando una botella de champán. Agregó- ¿Qué te parece si pedimos unas milanesas primero? Además, están jugando los Bulls. Después, repetimos lo de anoche.

Gladys, resignada, aceptó.

Se había cansado de llamarlo. Quique había intentado localizar a Arturo por todos los medios de los que disponía. Primero lo había llamado a su casa y luego varias veces al celular, sin respuestas. Incluso le mandó un correo. ¿Se habrá ido de viaje sin avisar?, pensó Quique. Este capaz que se enloqueció y se fue al casino sin invitarme, aventuró. El partido estaba a punto de dar comienzo. El árbitro le hizo un gesto a un juez de línea preguntando con él si todo estaba en orden. Los jugadores de Riestra se movían en el lugar. Algunos corrían de un lado a otro para no perder el calor corporal. La noche era la más fría del año. Dos jugadores de Racing utilizaban guantes de lana para contrarrestar los embates del clima. Uno de ellos era "Porrón" Terracotta. El juez desde la mitad de la cancha le preguntó al arquero de Racing si estaba atento con un gesto. Éste le respondió levantando su pulgar enguantado. Hizo lo propio el arquero rival. Quique observa todo expectante sentado en un sillón frente al televisor. El referí hace sonar su silbato. Terracotta mueve el balón hacia adelante.

-No tenga miedo, Peronelli. –dijo una voz en la habitación- Sólo le haremos un par de preguntas.

-¿Quiénes son ustedes? –preguntó Arturo.

- ¿Nosotros? ¿A quiénes se refiere? –inquirió la voz.
- Los que me han traído aquí. –replicó Arturo asustado.
- Aunque se lo explicara no lo entendería. Realizamos un estudio con respecto a la mentalidad del artista y por eso creemos conveniente su aporte.
- ¡Pero si yo no soy artista! ¿En qué los puedo ayudar? Además, ¿no lo podían pedir por las buenas?
- Pero si ésta es por las buenas Peronelli. No le haremos daño, se lo prometo. Sabemos que usted escribe poesías en su tiempo de ocio. Eso lo convierte desde nuestro punto de vista en un artista. Por ello queremos saber ciertas cosas de su pensamiento.
- Bien, ¿qué quieren saber? –inquirió Arturo ofuscado.
- ¿Qué piensa un artista?
- Cosas, como cualquiera. –respondió Arturo escueto.
- ¡Vamos! ¿Cómo arriba a las conclusiones que escribe en sus poesías? –replicó la voz.
- ¡Y yo que sé! –exclamó Arturo- Lo que pienso lo escribo como mejor puedo. Tratando siempre de ser claro en lo que expreso. A veces una palabra o un sentimiento dan vida a una poesía.
- A eso iba. ¿De dónde surge esa palabra? ¿Cuál es su inspiración para escribir? –preguntó la voz.
- Qué pregunta más difícil la primera. A la segunda le puedo decir que muchas veces me inspira Gladys. Pero después de sus traiciones, creo que sólo me inspira rencor. –explicó Arturo.
- ¿Gladys? –preguntó la voz.
- Sí. Es alguien con quien tengo encuentros del primer tipo de vez en cuando.
- Encuentros. –dijo la voz- Esa es otra poesía que ha escrito, ¿verdad?
- ¿Cómo saben ustedes esas cosas? –preguntó Arturo intentando mirar por debajo del trapo que cubría sus ojos.
- Sabemos todo lo necesario, Peronelli. –argumentó la voz- Ahora, dígame, ¿qué es el arte para usted?

Arturo se quedó en silencio. Su mutismo propició que la voz lo increpara: ¡conteste!, dijo.

-Pasaremos al plan B. –dijo seguidamente la voz.

Se oyó el sonido de un látigo golpeando al aire. Arturo se sobresaltó.

La voz del relator en el aparato de televisión de Quique era cansina. “...partido aburrido. Me parece que se queda en cero esta fría noche en Avellaneda...”. Quique había prendido la vela sobre la estampita del santo. Demian toma por la cintura a Gladys y ella lo besa con pasión. Quique está incómodo en el sillón. Sirve lo que queda de la cerveza del porrón en el vaso. Arturo intenta soltarse las manos con resultados negativos. El relator intenta dar ánimo a un partido chato: “...Gran maniobra de Terracotta dejando dos rivales en el camino...”. Quique bebe un trago. Gladys muerde el labio de Demian. La gente grita ¡olé!. Arturo menea la cabeza. “...sigue el número 22 con pelota dominada...”. Quique mira con atención. Demian aprieta un glúteo de Gladys. Ella lo vuelve a besar. Arturo se mueve en la silla. Quique bebe. “...enfrenta al arquero. ¡Atención!...”. Quique junta sus manos. Demian cae sobre Gladys en la cama. Arturo salta atado a la silla. El relator deja a todos al borde del colapso: “...¡lo elude!...”. Quique se pone de pie. Demian irrumpe sobre Gladys. Se oye el látigo. “...¡lo elude otra vez!...”. Quique se arrodilla. La vela se apaga. Gladys retuerce la cabeza hacia atrás. Arturo se asusta. “...¡GOL!!”. Quique salta de emoción. Gladys gime de placer. Arturo grita de dolor. Quique golpea la botella de cerveza y esta cae. Demian bebe champán. Gladys lo besa. El porrón estalla en cientos de pedacitos por el living. Arturo grita: ¡¡El arte es la expresión más cabal del alma del ser humano reflejando los pensamientos más profundos que puede llegar a concebir!!

Quique llora emocionado.

Bebe lo que queda de cerveza en el vaso. El comentarista hace su descargo: “De otro planeta la maniobra de Terracotta. Eludió a dos, después se le abrió el camino, le salió el arquero, lo elude. ¡¡Lo espera!! Vuelve a gambetearlo y patear con el arco desguarnecido. ¡Bah! Había un defensor en la valla pero parece que estaba mirando la Luna. ¡Astronómico Terracotta! ¿Será de acá este muchacho?”.

Quique grita llorando:

-¡¡Porrón viejo y querido nomás!!

FIN

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

-Gran Atlas Salvat del Universo. Salvat Ediciones, Pamplona 1986. Mitchell Beazley, Londres 1984.

-FSS Fisioterapia. El ultrasonido terapéutico. World Wide Web.